

La gramática de Dios (1/3)

Dr. Justo L. González



Hombres Presbiterianos
octubre de 2011

La gramática de Dios (1 de 3)

Texto bíblico: Ezequiel 36:25-27 (RVR 1960)

*Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. **Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros;** y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos y los pongáis por obra.*

Al estudiar este pasaje que se ha propuesto para nuestro estudio y meditación durante estos días, me parece útil empezar por tres consideraciones gramaticales que son de enorme importancia para entender el pasaje mismo

I. El número plural.

La primera observación es que lo único que está en singular es Dios. Los verbos que se refieren a la acción de Dios están en singular: esparciré ... limpiaré ... daré (2 veces) ... pondré (también 2 veces) ... quitaré ... haré Pero todas las referencias a aquellos a quienes se refiere el pasaje, aquellos a quienes se dirige la promesa que el pasaje contiene, entre los verbos y los pronombres, están andéis vosotros (3 veces) ... seréis ... vuestras ... vuestros ... os (3 veces) ... vuestra ... andéis ... guardéis ... pongáis. Volvamos a leer el pasaje teniendo esto en cuenta:

*Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. **Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros;** y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos y los pongáis por obra.*

Esto es de suma importancia. Dentro de un par de días hablaremos más sobre este tema; pero el hecho es que nuestra sociedad y nuestra cultura moderna son en extremo individualistas. Pensamos primeramente en términos del individuo, y frecuentemente no vemos en la sociedad sino un conjunto de individuos, la suma de todos ellos.

Cuando de religión se trata, pensamos que es cuestión privada, cuestión de mi relación con Dios. Y la iglesia se nos vuelve un mero instrumento que Dios emplea para fortalecer y guiar la fe de cada uno de nosotros.

Pero la visión bíblica es mucho más comunitaria. No que el individuo no cuente, pero sí que el lugar del individuo está dentro de la comunidad de fe. ¿Ha pensado usted —o, mejor dicho, para continuar el tema del plural, ¿han pensado ustedes?—cuánta de la Biblia fue escrita para ser leída en privado, y cuánta para ser leída en público, o al menos compartida con otros creyentes? El Pentateuco, los libros históricos, los profetas, los Salmos y otros libros de sabiduría —en fin, todo el Antiguo Testamento— fue escrito para ser leído o cantado en medio de la congregación del pueblo de Israel. Y en el Nuevo, los Evangelios, casi todas las epístolas, Hechos y ciertamente Hebreos y Apocalipsis, fueron escritos para ser leídos en voz alta, en medio de la iglesia congregada para adorar a Dios y escuchar su Palabra. Los eruditos afirman que, a pesar de sus dedicatorias a Teófilo, el Evangelio de Lucas y Hechos fueron escritos para ser leídos en voz alta y en público. Eran libros para la instrucción de la iglesia, para ser leídos en aquella primera parte del culto que se llamaba el “servicio de la Palabra”. Y lo mismo es cierto de la

epístola a Tito y las dos a Timoteo: no eran en realidad cartas para ser leídas en privado por Timoteo o por Tito, sino instrucciones a toda la iglesia, para ser leídas en medio de la congregación. En fin, que en toda la Biblia los únicos dos libros que van dirigidos a un individuo, en forma de comunicación semiprivada, son Filemón y Tercera de Juan —menos de dos páginas en toda la Biblia!

Por favor, no me entiendan mal. ¡No estoy diciendo que no debemos leer la Biblia en privado! Pero sí estoy diciendo algo que se pierde cuando la leemos como si fuera Palabra de Dios únicamente *para mí*, en singular, y no *para nosotros*, en plural.

Un elemento en todo esto que se le añade al individualismo de nuestra era es el hecho de que quienes nos enseñaron a leer la Biblia fueron mayormente personas de habla inglesa. En el inglés moderno no hay diferencia entre “tú” y “ustedes” o “vosotros”. Todos son “you”. (Este es un problema que Catherine y yo frecuentemente confrontamos cuando alguien nos llama para invitarnos, por ejemplo, a dar unas conferencias o una clase. Me dicen por teléfono: “How are you and Catherine? We would like for you to come to our church and speak about...”, y yo no sé si la persona me está invitando solamente a mí, o si quiere que los dos vayamos y le hablemos a la iglesia. Si no tengo suficiente confianza con la persona como para preguntarle, el único remedio que me queda es alargar la conversación hasta que de algún modo indirecto se me aclare la cuestión.)

Dada esa particularidad del idioma inglés, quien lee la Biblia puede leer todo lo que se le dice al pueblo de Dios en conjunto como una comunicación privada y directa al lector como individuo. Demos uno de miles de ejemplos, pues esto acontece al leer prácticamente cada página de la Biblia: Pablo empieza el capítulo 4 de Efesios con una exhortación: “I ... beg you to lead a life worthy of your calling”. Para el lector de habla inglesa, imbuido en el individualismo de la modernidad, esto quiere decir que él o ella, individualmente, han de esforzarse por vivir esa vida. Cuando leemos el mismo pasaje en español, vemos que está en plural: “os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados”. Si nos detenemos a pensarlo, vemos que la exhortación no va dirigida primeramente al lector individual, sino a la comunidad de la iglesia. No se trata del modo en que *yo* ando, sino del modo en que *nosotros*, el pueblo de Dios, andamos. Y no se trata primeramente de *mi* vocación, sino de la vocación de toda la iglesia. Pero, a pesar de que el texto está claramente en plural, puesto que quienes primero nos enseñaron a leerlo no veían esa diferencia lo leemos como si estuviera en singular, como una palabra acerca del modo en que *yo* ando y acerca de *mi* vocación.

Y esto se ve más claramente todavía un poco más adelante en el mismo capítulo, donde se señala la meta y propósito de toda la obra de Cristo y de sus dones: “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. Aquí el “todos” no quiere decir “cada uno”, sino todos en conjunto. La meta de la obra de Cristo y de la dádiva de los dones es que *todos juntos, la iglesia toda*, como cuerpo de Cristo que es, llegue a ser como un hombre perfecto—perfecto a la

medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Pero a pesar de que el texto debería estar claro, el hecho es que lo leemos en términos individualistas, como si se tratara de la perfección de cada uno de nosotros, como si nuestra meta fuera cada uno, por su cuenta e individualmente, llegar a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Y esa medida es una medida de unidad y solidaridad. Lo que se dice del pueblo de Dios no quiere decir solamente que todos estamos juntos, sino también que nuestras relaciones mutuas han de ser las que corresponden a los miembros del cuerpo de Jesucristo.

Aunque todo esto parezca ser un detalle sin importancia, lo cierto es que es un elemento esencial de lo que la Biblia nos dice y del modo en que debemos leerla. Sigámosla leyendo en privado, sí. Pero aun cuando la leemos en privado no olvidemos que es Palabra de Dios para el pueblo de Dios en conjunto, y no solamente para los miembros de ese pueblo cada cual por su cuenta.

AETH

La importancia de esto está en que de otro modo se nos olvida el lugar central que tiene en la Biblia el concepto mismo del pueblo de Dios—en el Antiguo Testamento, Israel; y en el Nuevo, la iglesia. En la Biblia, el propósito de Israel no se presenta primeramente en términos de que cada israelita deba ser santo por su cuenta, sino de que todo el pueblo sea santo; de que sus miembros sean santos porque pertenecen a un pueblo santo. Y lo mismo es cierto de la iglesia. Lo que Dios le dice a la iglesia se lo dice para llamar a toda la iglesia a la obediencia y santidad, y no para llamar a cada miembro separadamente y por su parte.

De hecho, esa palabra que acabo de emplear, “miembro”, es señal y recordatorio de todo esto. No se puede ser “miembro” sin un cuerpo. El miembro que pretenda vivir sin el cuerpo se secará y morirá—como el pámpano que no está injertado en la vid. No se puede ser cristiano sin la iglesia. El “yo” cristiano es por definición parte de ese “nosotros” que es la comunidad de fe.

Y aquí de paso vale la pena tomar un minuto para aclarar una vez más que esto es cierto aun cuando estemos físicamente solos. Cuando, en lo privado de nuestras oraciones individuales, oramos, “Padre nuestro”, no queremos decir “Padre mío”, sino literalmente “Padre nuestro” —es decir, padre mío, y padre de todo ese pueblo esparcido por sobre toda la faz de la tierra quien te tiene a ti por Padre. Cuando Jesús les enseñó a orar a sus discípulos, no les dijo que se dirigieran a Dios individual y privadamente, sino que le llamaran “Padre *nuestro*” —padre mío y de todos aquellos que son parte de este pueblo, de este cuerpo de tu Hijo Jesucristo, por quien me atrevo a llamarte “Padre”.

Si ahora volvemos a nuestro pasaje en Ezequiel, vemos que la promesa del profeta no es ante todo para los israelitas individuales, sino para todo el pueblo de Israel. El problema no es que este israelita o aquel tengan dificultades, que este israelita o aquel hayan cometido algún pecado, que este israelita o aquel hayan perdido la esperanza. El problema es que el pueblo desobedeció. El problema es que el pueblo está en el exilio. El problema es que el pueblo tiene corazón de piedra. Y la promesa es que el pueblo retornará del exilio. La promesa es que el

pueblo tendrá un nuevo corazón. La promesa es que el pueblo será obediente. De ahí la importancia de este primer punto de gramática, que los verbos que se refieren a quienes han de escuchar la promesa están en plural.

Y, si en el momento en que primero fueron pronunciadas estas palabras la promesa era para todo el pueblo, también en nuestro caso, en el caso de quienes hoy leemos estas palabras, la promesa es para todo el pueblo. La promesa no es que tú, Justo González, y que tú Juan Pérez, y tú, María González, y tú, John Smith, y tú, Yang Chun Kim, van a recibir un nuevo corazón, sino que la promesa es para todos juntos, todos los Juanes y todas las Marías y todos los Johns, y todos los Fulanos y todas las Menganas—todos juntos, como un solo pueblo o un solo cuerpo de Cristo que somos y que hemos de ser.

Sobre esto volveremos más adelante. Por lo pronto, recordemos sencillamente este punto gramatical: el objeto de la promesa está en plural.

II. El sujeto de los verbos

La segunda observación gramatical es que el sujeto de todos los verbos principales es Dios, y que los verbos que se refieren al pueblo que recibe la promesa se presentan todos como resultado de la acción de Dios. Puesto que en nuestra lengua el sujeto frecuentemente queda implícito en el verbo, este hecho no nos resulta tan claro. Pero si restauramos el sujeto de los verbos el texto suena bastante diferente:

Yo, Dios, esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. **Yo** os daré corazón nuevo y **yo** pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y **yo** quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y **yo** os daré un corazón de carne. Y **yo** pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y **yo** haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos y los pongáis por obra.

A pesar de que el pueblo de Israel es figura central en este pasaje, el pasaje mismo no es sobre Israel, sino sobre Dios. No es sobre lo que Israel debe hacer, sino sobre lo que Dios hace y hará. El sujeto del pasaje como un todo es Dios. El pueblo de Dios es objeto de la acción de Dios, y sólo puede actuar porque Dios actúa en él—porque Dios le limpia, porque Dios le da un corazón nuevo, porque Dios le da de su Espíritu.

Esto también es de suma importancia, no solamente para leer este pasaje, sino en nuestra lectura de toda la Biblia. En última instancia, la Biblia no es sobre Israel ni sobre la iglesia; la Biblia no es sobre Adán y Eva, o sobre Moisés, o sobre Ezequiel, o sobre Pedro o sobre Pablo. Todos estos personajes son importantes, sí; pero el personaje principal de toda la Biblia, el protagonista de toda la historia, es Dios. “[Yo, Dios] os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros”.

La importancia de esto radica en que de otro modo la Biblia se nos vuelve un libro de leyes y de exhortaciones. Y, puesto que las leyes no podemos cumplirlas, y las exhortaciones a veces nos parecen entrar por un oído y salir por otro, la Biblia se nos vuelve libro temible que apenas osamos abrir, pues en él encontraremos solamente palabras de juicio y condenación, palabras que nos señalan cuán lejos estamos de la gloria de Dios.

Pero no. La Biblia no es acerca del pueblo de Israel y sus muchas caídas, ni es acerca de la iglesia y sus muchos errores, ni es acerca de nosotros y nuestros múltiples pecados. La Biblia es acerca del Dios de Israel que una y otra vez le llama al arrepentimiento y le da nueva vida. La Biblia es acerca del Dios de la iglesia que aun en medio de su pecado le da de su Espíritu. La Biblia es acerca de este infinitamente amante Dios nuestro que nos perdona aun en medio de nuestros pecados, que nos recuerda aun en medio de nuestro olvido, que sigue llamándonos aun en medio de nuestra sordera. Y por tanto la Biblia es libro de gracia y de amor, libro de gozo y de confianza, libro de promesa y de esperanza.

En el pasaje que estamos estudiando, el hecho de que el sujeto es Dios quiere decir que nada de lo que aquí se promete está a nuestro alcance por nuestra propia iniciativa. Dios dice “esparciré sobre vosotros agua limpia”, y por nuestras propias fuerzas nosotros no tenemos modo alguno de encontrar ni de esparcir tal agua. Dios dice “seréis purificados”, y nosotros no podemos purificarnos a nosotros mismos. Dios dice, “os limpiaré”, y nosotros no podemos limpiarnos. Dios nos promete un nuevo corazón y un nuevo espíritu, y nosotros no podemos crear dentro de nosotros mismos tal corazón ni tal espíritu. Por eso bien dice el salmista: “¡Crea en mí, Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí!”. Porque bien sabe el salmista que, aun en medio de su arrepentimiento, no tiene la capacidad ni el poder para crear tal corazón o renovar tal espíritu. Por eso el pasaje que estudiamos no es un llamado a tener un corazón nuevo ni a renovar nuestro espíritu, sino que es más bien una promesa de que Dios hará esto en nosotros.

Si el protagonista de la Biblia es Dios, y no Israel ni sus profetas, ni tampoco la iglesia y sus apóstoles, esto quiere decir que la Biblia no es ante todo un libro de leyes, sino un libro de historia—un libro cuya historia va desde la creación hasta la consumación; un libro acerca de cómo, a pesar de todo el pecado humano, Dios va llevando su creación hasta la consumación final.

Y aquí no puedo sino tomar un momento para citar uno de los más famosos discursos jamás pronunciados ante la Real Academia de la Lengua Española. Se trata del discurso de inauguración de Juan Donoso Cortés, a mediados del siglo XIX. En aquel discurso sobre la Biblia y su importancia, empieza Donoso Cortés declarando que:

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fue en tiempos pasados estrella del Oriente, adonde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.

Y luego se refiere a la amplitud de la perspectiva bíblica al comparar a Homero con Moisés:

Homero canta las genealogías griegas; Moisés las genealogías del género humano; Homero cuenta las peregrinaciones de un hombre; Moisés las peregrinaciones de un pueblo....Homero desfigura a los hombres y los dioses; Moisés nos muestra sin velo el rostro de Dios y el rostro del hombre. El águila homérica no subió más allá de las cumbres del Olimpo, ni voló más allá de los griegos horizontes. El águila del Sinaí subió hasta el trono resplandeciente de Dios, y tuvo bajo sus alas todo el orbe de la tierra.

En todo esto hay mucho que los eruditos de hoy pondrían en duda —en particular, la idea de que fue Moisés quien escribió el Pentateuco. Pero a pesar de ello este discurso siempre me ha llamado la atención, no solamente por el alto grado de admiración hacia la Biblia de aquel

erudito español, sino también y sobre todo porque en él se nos llama a leer la Biblia como un libro de historia. No como un libro de historia en el sentido de aquella aburridísima *Historia de Cuba* que tuve yo que leer hace 65 años. Ciertamente, la Biblia no es un libro de datos, acontecimientos y fechas. Pero es un libro de historia en el sentido más amplio, pues es un libro que nos coloca a nosotros, sus lectores, en esa vasta historia de Dios que va desde la creación, pasa por la redención, y llega a la consumación final en el Reino de Dios. Es un libro de historia puesto que comienza con la creación de esta tierra y estos cielos y termina con la vasta visión de un cielo nuevo y una tierra nueva. Es un libro de historia porque en él se nos cuenta cómo Dios va guiando su pueblo desde la creación hasta la consumación. Es un libro de historia porque en él vemos manifiesta una frase favorita de uno de mis antiguos maestros: “Dios escribe derecho con las líneas torcidas de los humanos”. En la Biblia, Dios se manifiesta en la historia de Israel y de la iglesia, con sus triunfos y sus caídas, con su arrepentimiento y su pecado, escribiendo derecho con las líneas torcidas de Isaac y de Rebeca, de Jacob y de Esaú, de Moisés y de David, de Pedro y de Pablo, y de Justo y de Renato.

Y, volviendo a nuestra consideración gramatical, en toda esa historia Dios es el sujeto. En toda esa historia es Dios quien escribe derecho con nuestras líneas torcidas. En toda esa historia es Dios quien promete y da esperanza: “[Yo, Dios] os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros”.

III. El tiempo futuro

Pero eso mismo que acabamos de decir, que Dios “promete y da esperanza”, nos lleva a la tercera consideración gramatical acerca de nuestro pasaje: Todos los verbos están en futuro:

*Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os **daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros**; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os *daré* un corazón de carne. Y *pondré* dentro de vosotros mi Espíritu, y *haré que andéis* en mis estatutos, y [*haré que*] *guardéis* mis preceptos y [*haré que*] *los pongáis* por obra.*

La historia a que nos referimos al hablar de la Biblia como un libro de historia no es como aquella *Historia de Cuba* que mencioné antes, que solo trataba sobre el pasado. No, la historia bíblica no es solamente recuento, sino que es también promesa. La historia no va solo desde la creación hasta hoy, sino que continúa desde hoy hasta la consumación.

Cuando decimos que Dios escribe derecho con las líneas torcidas de los humanos, no nos referimos a que hasta el presente todo haya salido bien. Al contrario, el apóstol Pablo bien dice que:

Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse, porque el anhelo ardiente de la creación es aguardar la manifestación de los hijos de Dios... Por tanto, también la creación será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. Y no solo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo, porque en esperanza fuimos salvos... Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. (Ro 8.19-25)

Nuestro presente bien puede estar torcido—lo que es más, ciertamente está torcido. El presente del pueblo de Israel en tiempos de Ezequiel estaba torcido: un pueblo en el exilio que

no parecía ser más que unos huesos secos sin esperanza de vida. Pero es precisamente en medio de ese presente que Dios promete: “Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros”.

Esa es la historia como la Biblia la cuenta. Esa es la historia de Dios y de sus acciones. Esa es la historia de que, por gracia de Dios, somos parte. Es una historia que Dios va escribiendo, no solamente a partir del pasado, sino también a partir de sus designios futuros.

IV. Una lectura diferente

Para aclarar lo que esto quiere decir, permítaseme una ilustración que de momento puede parecer larga, pero es el mejor modo que tengo de explicar esto de la historia:

Mi suegro era asiduo lector de novelas de misterio—de esas novelas en las que alguien comete un crimen, y al final descubrimos quién lo cometió, por qué y cómo. Cuanta novela de misterio se publicaba, él la compraba. En su casa había paredes y más paredes forradas de novelas de misterio.

Pero mi suegro tenía una costumbre muy peculiar: Cada vez que le llegaba un libro nuevo, empezaba por leer el último capítulo, para ver quién era el asesino. Como ustedes podrán imaginarse, todos nosotros nos burlábamos de él. ¿Para qué leer el resto del libro, si ya sabía que el asesino fue el jardinero? Pero él seguía con su costumbre, y nosotros seguíamos con

nuestras risas.

Pero hoy me doy cuenta de que mi suegro tenía buenas razones para leer el libro de esa manera. Después de todo, lo más probable era que el libro mismo hubiera sido escrito del mismo modo y en el mismo orden en que mi suegro lo leía. Posiblemente antes de escribir la primera palabra del capítulo uno, ya el autor había decidido que el asesino iba a ser el jardinero, quien mató a su víctima ahogándola en el estanque. Y sabía también que el detective iba a encontrar una pista en el modo en que una flor había sido cortada. Tras decidir todo eso, el autor procedió entonces a contar su historia, asegurándose siempre de que a la postre la trama llevaría al hecho de que el asesino sería el jardinero, la víctima moriría ahogada y el detective encontraría una pista en una rosa.

Pero hay más: Precisamente porque sabía el final, mi suegro seguía la trama de una manera diferente a la nuestra. Cuando yo llegaba a la página 50 y se oía el ruido de un tractor, yo pensaba que el tractor estaba andando porque el jardinero estaba arando. Y eso era cierto. Pero además de eso, mi suegro sabía que el tractor estaba andando en la página 50 porque en la página 200 resultaría que el asesino fue el jardinero. Cuando, en la página 80, el detective se sentaba junto a una rosa cortada, yo pensaba que era porque estaba cansado. Pero mi suegro sabía que era porque el asesino fue el jardinero, y que en la página 190 la rosa sería la pista que lo descubriría. En otras palabras, que hay dos modos de leer el libro, y lo que vemos en cada página varía según como lo leamos.

Lo mismo sucede con la historia de la humanidad. Desde nuestra perspectiva limitada, decimos que César derrotó a los galos porque era mejor general y sus ejércitos estaban mejor disciplinados. Pero desde la perspectiva del autor de toda la creación—perspectiva como la del autor de una novela de misterio—resulta que César derrotó a los galos porque a la postre toda lengua confesaría que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre.

V. Causas eficientes y causas finales o teleológicas

Para aquellos de ustedes que prefieren lenguaje más técnico y filosófico, me estoy refiriendo a lo que los filósofos llaman las “causas eficientes” por una parte y las “causas teleológicas” o “finales” por otra. Las causas eficientes son lo que comúnmente entendemos hoy por “causa”. El ejemplo más común es el de una bola de billar: la bola se mueve porque otra bola la golpeó; y esa otra bola se movió porque el taco la golpeó; y el taco se movió porque el brazo la empujó; y así sucesivamente, cada vez más atrás hacia el pasado.¹

Pero a través de toda la historia, y hasta fecha relativamente reciente, la humanidad ha pensado también en términos de otro tipo de causa, las causas “finales” o “teleológicas”. Desde este punto de vista, las cosas no suceden sencillamente porque algo en el pasado las produjo, sino

¹ Este principio de las “causas eficientes” es el fundamento del argumento que intenta probar la existencia de Dios a partir de la existencia del mundo, y hace de Dios la primera causa eficiente de todas las cosas. Así, por ejemplo, entre las “cinco vías” por las que Sto. Tomás busca probar la existencia de Dios se encuentra la de la secuencia y orden de las causas eficientes: “La segunda vía se basa en la causalidad eficiente. Hallamos que en este mundo sensible hay un orden determinado entre las causas eficientes; pero no hallamos que cosa alguna sea supropia causa, puen en tal caso habría de ser anterior a sí misma, y esto es imposible. Ahora bien, tampoco se puede prolongar indefinidamente la serie de las causas eficientes ... y ... si no existe una [causa] que sea la primera, tampoco existiría la intermedia ni la última.... Por consiguiente, es necesario que exista una causa primera, a la que todos llaman Dios”. *Suma teológica*, Parte 1, q. 2, art. 3.

también porque algo en el futuro las llama. En el caso de la novela de misterio antes mencionada, el tractor no empezó a hacerse oír solamente porque el jardinero lo encendió, sino también porque a la postre el jardinero sería el asesino. En el caso de la bola de billar, la bola no se mueve solamente porque otra bola le dio, sino también porque el saco la llama.

La principal razón por la que todo esto nos suena tan extraño a nosotros los modernos es que, por su propia naturaleza, las ciencias físicas se ocupan exclusivamente de las causas eficientes, y el éxito de esas ciencias ha sido tal que todo otro modo de pensar parece quedar eclipsado.

Pero si nos detenemos a pensarlo, la verdad es que no fueron solo los antiguos quienes pensaban y actuaban en términos de causas eficientes—de un pasado y un presente que les empujaba—y también en términos de un futuro que sentían que les llamaba—es decir, en términos de causas eficientes. Lo mismo sucede con nosotros los modernos en la vida cotidiana. Por la mañana, usted no se levanta porque la cama le impulsa a ello, sino porque el día le llama. Cuando usted sale de su casa, el que doble hacia la derecha o la izquierda no lo determina lo que sucedió cuando usted prendió el motor, sino que lo determina más bien el lugar hacia donde usted va. No es que eso que llamamos en buen español “driveway”, es decir, el lugar de donde usted viene, le haga doblar en una u otra dirección, sino que es más bien que el lugar hacia donde usted va le atrae, le llama. Luego, a pesar de que pensemos que las causas son solo las eficientes, las que nos empujan desde el pasado, las hay también finales, las que nos llaman desde el futuro. (Y, dicho sea de paso, buena parte de las ciencias físicas modernas se fundamentan en la teoría de la gravedad, que no es sino la teoría de que las cosas se llaman

unas a otras.)

Es a esto—a ese otro modo de entender lo que es una causa—que se refieren los teólogos—por ejemplo, Santo Tomás de Aquino—al decir que Dios es la causa final del universo. Dios es, sí, su primera causa, su causa eficiente, lo que lo produjo. Pero Dios es también su causa final, su propósito, el futuro hacia el cual todo el universo marcha.²

Y es de notar que en la manera en que la Biblia entiende la historia, los acontecimientos no suceden solamente “porque”, sino también “para que”. Así, por ejemplo, la sagrada familia marchó al exilio “porque” Herodes había mandado matar a todos los niños, pero también “para que” se cumpliera lo que fue dicho por el profeta.

VI. Una lectura diferente de la historia

La tipología. Pero hay más: así como el modo en que mi suegro leía sus novelas le llevaba a entender los acontecimientos de una manera diferente, así también el entender algo de los designios finales de Dios nos lleva a interpretar la historia toda de una manera diferente. Como causa eficiente, sabemos que “en el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Pero, en términos de causas finales, sabemos también que de algún modo que no alcanzamos a entender Dios está llevando a toda su creación al día en que se cumpla la visión de Juan: “vi un cielo nuevo y

² La “quinta vía” de Sto. Tomás se fundamenta en Dios como causa final o teleológica: “La quinta vía se toma del conocimiento del mundo. Vemos, en efecto, que cosas que carecen de conocimiento, como los cuerpos naturales, obran por un fin...por donde se comprende que no va a su fin obrando al acaso, sino intencionalmente. ... Luego existe un ser inteligente que dirige todas las cosas naturales a su fin, y a éste llamamos Dios”. *Idem*.

una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado” (Ap 21.1).

Si sobre la base de todo esto volvemos a nuestro pasaje, con todos esos verbos en tiempo futuro, veremos que se trata de una promesa, de un llamado a la esperanza. Y es por esa esperanza que el pueblo vive. Pero no es una esperanza fundamentada en sus propias posibilidades. Como veremos esta tarde, el pueblo había perdido toda confianza en sí mismo, y pensaba que estaba completamente destruido. Se trata más bien de un llamado a otra clase de esperanza, a una esperanza fundamentada, no en las posibilidades del pueblo, sino en las promesas de Dios. Es por esto que lo que dijimos antes es tan importante, que el sujeto primario de todo el pasaje es Dios. Es Dios quien promete. Es Dios quien actuará. Y, porque se trata de una promesa divina, es una promesa que ha de infundir esperanza.

Pero la verdad es que al parecer la promesa de Dios solo se cumplió en parte. Es cierto que el pueblo regresó del exilio con nuevas fuerzas, y que por algún tiempo algunos de entre él trataron de andar en los estatutos de Dios, y de guardar sus preceptos y ponerlos por obra. Pero la verdad es que todavía faltó bastante para que se cumpliera lo del corazón nuevo, y que bien pronto, una y otra vez, el pueblo se descarrió. Y no digamos que tal era el caso solamente con Israel. Lo mismo le sucede repetidamente a la iglesia. Si algo resulta claro en la historia de la iglesia es que todo movimiento reformador a su vez tendrá que ser reformado. Es a eso que se refiere la tradición reformada al hablar de una *ecclesia reformata semper reformanda*. Pero el hecho mismo de que hacemos de eso un lema, como si ya fuéramos verdaderamente

reformados, es señal de que la promesa del nuevo corazón todavía no se ha cumplido en nosotros. Como veremos el domingo, hay en todo esto una tensión constante entre el “ya sí” y el “todavía no” del cumplimiento de las promesas divinas. La promesa ya se cumplió con el retorno de Israel del exilio. Pero todavía no se cumplió a plenitud, ni aun con ese retorno.

Esto se debe a que la promesa es escatológica—o, para usar palabras más sencillas, a que la promesa es para el cumplimiento final de todos los tiempos. En el entretanto, lo que tenemos son atisbos del cumplimiento de la promesa.

El modo en que los teólogos antiguos, y cada vez más los teólogos contemporáneos, se refieren a esto se llama “tipología”. En su sentido original, la palabra “tipo” quiere decir figura, patrón, señal, anuncio. Es por eso que a las clases de letras todavía les llamamos “tipos”. La letra A, por ejemplo, es un patrón, un modelo, de tal modo que puede haber muchas letras A—en helvética, en garamond, en Times Roman, en bastardillas, en negritas—pero todas reflejan el tipo esencial que hace que todas ellas sean aes.

Algo semejante sucede en la Biblia. Hay, por ejemplo, el tipo del pueblo oprimido que es liberado del yugo de Egipto—tipo que se utiliza luego para interpretar el regreso del exilio, y que va a culminar en el Crucificado que se levanta de entre los muertos. Y hay el tipo de la mujer estéril que concibe a Isaac, tipo que se repite en la concepción de Jacob y de Esaú, y en la de José y Benjamín, y en la de Sansón, y en la de Elías—todo para culminar en la concepción de

Aquel que fue concebido, no por voluntad de varón, sino por obra del Espíritu. Y hay el tipo de la serpiente levantada en el desierto, que señala hacia el Salvador levantado en la cruz y luego elevado a la diestra de Dios.

Una vez que lo entendemos, veremos esa perspectiva tipológica por todas partes en la Biblia. Por citar solo un ejemplo, en I Corintios 10 no cabe duda de que Pablo está haciendo alusiones tipológicas al bautismo y a la comunión, y a la relación de ambos con Jesucristo, al decir: “No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron por el mar; que todos, en unión con Moisés, fueron bautizados en la nube y en el mar y todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que les seguía. Esa roca era Cristo” (1 Co 10.1-4).

Si analizamos este pasaje, veremos la relación estrecha entre la tipología y lo que decíamos antes acerca del futuro. Si el agua del Mar Rojo y de la nube era tipo del bautismo; si el maná y la bebida en el desierto eran tipo de la comunión; si la roca era tipo de Jesucristo, esto quiere decir que cuando los hijos de Israel cruzaban el mar y marchaban bajo la nube, cuando comían del maná y bebían de la peña, en todo ello había una causa final, un propósito que les llamaba, algo que se cumpliría más adelante. Y ese algo, ese propósito, ese futuro que guiaba a los hijos de Israel por el mar y en el desierto, no era otro que Jesucristo, nuestro Señor. De ese futuro los hijos de Israel no podían tener sino un atisbo. Pero gracias a ese atisbo cruzaron el mar, y el desierto, y el Jordán.

Y lo mismo nos sucede a nosotros. Si estamos aquí no es solo porque un avión o un automóvil nos trajo, sino también y sobre todo porque ese mismo Señor que era roca en el desierto, ese Señor que es nuestra roca de salvación, nos está llamando, está tirando de nosotros desde el futuro, nos está ofreciendo una promesa—promesa que no se cumple a plenitud todavía, pero promesa de cuyo cumplimiento sí tenemos atisbos:

Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. **Os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros;** y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos y los pongáis por obra.

Amén. ¡Así sea!

